

Calaveradas y erudición

Miguel Soto*

Rodrigo Martínez Baracs y Emma Rivas Mata, *Entre sabios. Joaquín García Icazbalceta y Henry Harri-
sse, epistolario, 1865-1878*, edición bilingüe anotada, México, INAH, 2016, 404 pp.

La edición que prepararon Rodrigo Martínez Baracs y Emma Rivas Mata de esta correspondencia representa un motivo digno de festejo, pues reúne múltiples virtudes de las que destacaremos aquí algunas.

En primer lugar, representa una pieza clave del extenso mosaico en que consistió la abundante correspondencia de Joaquín García Icazbalceta, de la cual ya van varios avances publicados, de la que los propios editores ofrecen añadir otros más. En efecto, en primer lugar estuvo la correspondencia de don Joaquín con Adolfo Bandelier, que publicaran Leslie White e Ignacio Bernal; posteriormente, el mismo Bernal dio a la luz la del famoso bibliógrafo e

historiador con Nicolás León, que contó con el aval de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM); más adelante, la que Emma Rivas editara de García Icazbalceta con Manuel Remón Zarco del Valle (con el título *Entretenimientos literarios*); después apareció la edición que Rivas compartió con Edgar Gutiérrez sobre el intercambio epistolar de García Icazbalceta con José Fernando Ramírez —que fue la que más nos había interesado—; al poco tiempo nos ofrecieron sus *Cartas de las haciendas*, dirigidas a su hijo Luis García Pimentel, y ahora Rodrigo Martínez y Emma Rivas publican la correspondencia que sostuvo con Henry Harri-
sse. O sea, que a don Joaquín le gustaba escribir cartas de todo tipo.

La publicación que nos ocupa se refiere al intenso intercambio epistolar que sostuvieron el historiógrafo mexicano y Henry Harri-
sse, académico francoestadounidense, con motivo de la obra que el segundo preparaba, *Bibliotheca Americana Vetustissima*, sobre todas las publicaciones relativas al Nuevo Mundo, entre 1492 y 1551. Esta edición bilingüe, en francés y español, de las misivas que nos presentan Martínez

Baracs y Rivas Mata, incluye además una generosa introducción de casi mil notas aclaratorias, algunas de las cuales alcanzan hasta una página con letra minúscula; en realidad estamos frente a dos libros, el de la correspondencia y el de sus explicaciones complementarias. Por cierto, que el formato escogido para la presentación de la correspondencia, en un texto de tamaño carta con las notas al pie, resulta un acierto, pues, aunque en ocasiones las explicaciones son mayores al contenido mismo de las cartas, resultan un complemento muy adecuado; es evidente que los editores se contagiaron del afán erudito de los autores, pues sus notas destilan oficio y un amplio conocimiento.

En su oportunidad les comenté a mis alumnos de Historiografía que este libro fue una puesta a punto del curso, pues como ninguna de las compilaciones epistolares previas de García Icazbalceta me hizo consciente de lo que está más allá de las fichas técnicas intercambiadas con Nicolás León o con José Fernando Ramírez. El lector puede apreciar en él la trascendencia, por ejemplo, de la publicación temprana de las primeras *Décadas del Nuevo Mun-*

* Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

do de Pedro Mártir de Anglería, a partir de 1511, antes de la compilación de las mismas, que él concluyó en 1526 y que se publicó cuatro años después. O bien, las diferencias y matices entre los catecismos en lengua mixteca según las distintas regiones (de Tlaxiaco y Chietla, por un lado, y el de Teposcolula, por otro), lo cual muestra la sutileza que desarrollaron los frailes en sus esfuerzos de evangelización, mismos que resultan sorprendentes para quienes acababan de aprender esa lengua extraña.

Otros aspectos novedosos que afloran de esta edición son, por ejemplo, saber que hubo traducciones tempranas al francés y al flamenco de las *Cartas de relación* de Cortés, en 1523; que un académico, Simon Grynaeus, amigo de Lutero y de Calvino, estuviera especialmente interesado en el Nuevo Mundo, es decir, que la curiosidad sobre los hallazgos recientes no fue privativa de los católicos; o bien, la existencia de cartas de un embajador veneciano interesado en las andanzas de Cortés, lo cual permite entender, por ejemplo, la decisión de la Corte hispana de premiar al extremeño —como había hecho con el otro gran capitán, Gonzalo Fernández de Córdoba, en Italia— con un inmenso patrimonio, pero no con el mando de la región conquistada.

En fin, el intercambio epistolar y las notas aclaratorias de esta edición otorga a la revisión de todas esas fuentes una perspectiva distinta; cosa que agradezco profundamente a los colegas que la prepararon. Ciertamente, ahora entiendo mejor la devoción que el

maestro De la Torre Villar llegó a tener por estos destacados bibliógrafos e historiadores del siglo XIX.

Ahora bien, en otras cosas, un aspecto que los editores hubieran podido amarrar es la relación profesional que García Icazbalceta desarrolló con los académicos franceses durante la Intervención, pues se cita una reseña que hizo Joseph Marius Alexis Aubin sobre el primer tomo de su *Colección de documentos para la historia de México* (1858), pero sólo se dice de ella que se expresaba “fríamente”. Ésta es una cuestión decisiva, pues otros académicos como José Fernando Ramírez y Manuel Orozco y Berra se quejaron agriamente de los estudiosos franceses, quienes veían sus afanes “con desdén”. Así, para valorar con ecuanimidad una relación complicada, hubiera convenido proporcionarle más elementos al lector, pues tuvieron los materiales a mano y, desde luego, el manejo de la lengua.

En cambio, un aspecto que resulta revelador es que, a pesar del juicio de los editores sobre la participación de García Icazbalceta en el Imperio de Maximiliano como “discreta”, lo que aflora aquí es que el monarca le encargó la publicación de artículos periodísticos sobre la historia nacional, a fin de “ilustrar” a la sociedad en su conjunto. O sea que, en realidad, el estudioso aparece aquí como “el historiador de la Corte”.

Un aspecto de la relación de estos académicos que raya en la comicidad es que desde la primera comunicación que HARRISSE le envió a García Icazbalceta, incluyó un modelo o formato sobre el

registro que se proponía hacer de cada fuente en su *Bibliotheca...*, como destacan los editores. En una segunda misiva, el estudioso francoestadounidense volvió a mandar el modelo, pero ¡con datos distintos! Lo cual, inevitablemente trae a la mente los cambios continuos del *Chicago Manual of Style* para el registro “oficial” de notas y referencias bibliográficas. Es decir, sin menospreciar el rigor del aparato crítico, el intercambio de estos sabios resulta un tónico saludable para no tomar esas cuestiones demasiado en serio.

En otra dimensión, otros aspectos relevantes del texto que reseñamos son: ante la declaración de don Joaquín de no pretender arrogarse facultades profesionales en los estudios históricos, pues nunca las había desarrollado en una institución académica, HARRISSE expresó su asombro ante el contenido especializado de las respuestas de García Icazbalceta a sus consultas y además escritas en un francés perfecto (mismas que se pueden consultar en esta edición bilingüe); el francoestadounidense nunca imaginó que en México encontraría un estudioso que superara lo que él había visto en Europa o Estados Unidos. Efectivamente, la erudición de García Icazbalceta trascendió las fronteras, ya que además de pertenecer a instituciones académicas nacionales como la Sociedad de Geografía y Estadística o la Academia de San Carlos, fue miembro de la Real Academia de la Historia y de la Real Academia Española (de la lengua) —y director de la correspondiente mexicana— y su

nombre fue grabado en los muros de la Biblioteca del Congreso, en Washington, junto a Motolinia y Sarmiento.

Por otra parte, ¿qué significaba la publicación de las guías bibliográficas que precedieron a la *Bibliotheca...* de HARRISSE, y la de esta misma? ¿Forman parte del mismo esfuerzo de apropiación de la cultura “americana”, tanto por Estados Unidos como por Francia, ante la insuficiencia ontológica que en su momento destacó ORTEGA y MEDINA para la obra de WILLIAM PRESCOTT? O, ¿se trata de la toma de conciencia de los nuevos imperios?

Ciertamente, la confluencia de HARRISSE y GARCÍA ICAZBALCETA en 1865-1866 demuestra cómo la energía creativa no es algo que existe todo el tiempo y de manera indeterminada, sino más bien, se presenta como la conjunción de intereses que hacen prosperar las cosas en un momento dado. Lo mismo sucede con el desarrollo de grandes proyectos académicos o artísticos. En este caso, para que el diálogo prosperara funcionó cierta “abnegación académica” de la que ambos participaron. Ciertamente, su disposición al intercambio coadyuvó a la publicación de la *Bibliotheca...* de HARRISSE y se prolongó durante trece años. Diversos problemas familiares de don Joaquín, la pichicatería de HARRISSE para obsequiarle sus libros y, finalmente, una sarta de insultos que el franco-estadounidense propinó a la Real Academia de la Historia —a la que el mexicano pertenecía— con motivo de los restos de Cristóbal Colón, acabó con esa “abnegación”.

Uno de los aspectos más importantes de la correspondencia lo representan los distintos momentos en que GARCÍA ICAZBALCETA estuvo dispuesto a abandonar los estudios bibliográficos e históricos, según esto, por falta de méritos. Lo cual, afortunadamente, no sucedió. Tal vez, a la luz de su experiencia en las haciendas azucareras de la Tierra Caliente, en donde tampoco todo era miel sobre hojuelas, y tras sobreponerse a la pérdida de dos hermanos, don Joaquín acabará convenciéndose de las cosas que podía aportar. Tanto su estudio sobre fray Juan de Zumárraga como la *Bibliografía mexicana del siglo XVI* fueron posteriores a esas incertidumbres.

Precisamente, con motivo de la publicación de la biografía del primer obispo y arzobispo de México, surgió la petición de Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos para que escribiera la que sería su *Carta acerca del origen de la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe de México*. No fue poco el mérito para un católico convencido como era GARCÍA ICAZBALCETA, el reconocer como académico la falta de documentación sobre la epifanía guadalupana.

Desde luego, algo que queda claro en su correspondencia sobre las haciendas azucareras en los años de la República Restaurada era su oposición a las tendencias laicas, y su promoción de las escuelas católicas en sus haciendas. Por su parte, don Joaquín era un observante convencido de ayunos y penitencias y miembro activo de las Conferencias de San Vicente de Paúl —asociaciones filantrópicas de las Hermanas de la Cari-

dad—; sin embargo, en sus cartas, refiriéndose a un conocido de la familia, no paró mientes en describirlo como “un mocho rematado”, con lo cual está claro que él mismo no se consideraba en esa categoría.

Por otra parte, sí es posible distinguir un perfil político ligeramente distinto al del conservador Lucas Alamán, pues, como se dijo, GARCÍA ICAZBALCETA colaboró con Maximiliano en cuestiones históricas, cosa que Alamán difícilmente hubiera hecho, tras la condena que hizo el emperador del régimen colonial en un discurso conmemorativo de la Independencia, lo cual, como dice Francisco de Paula y Arrangoiz, debió provocarle a Alamán varios revuelcos en la tumba... Por cierto, aparece en esta edición una visión idealizada del político conservador; en una nota, se destaca “su acendrado patriotismo”; más bien da la impresión que no lo conocen suficientemente bien.

Ahora bien, desde el punto de vista del contenido del intercambio epistolar, una de las cuestiones más serias es que, en un par de ocasiones, HARRISSE se permitió propinarle a otro historiador mexicano, muy cercano a GARCÍA ICAZBALCETA —José Fernando Ramírez—, el juicio o mote de “aficionado”. Ante lo cual, sorprendentemente, GARCÍA ICAZBALCETA no respingó, a diferencia de cómo sí lo hizo cuando el francoestadounidense llamó charlatán o hablador a uno de los corresponsales principales de don Joaquín en la capital española, Francisco González de Vera; entonces, de inmediato el mexicano le corrigió la plana. Es

más, en algún momento (p. 276) García Icazbalceta pareciera compartir el juicio referido sobre su colega mexicano, lo cual sí que resulta grave, pues aquella confesión de 1850 en la que don Joaquín le había confiado a Ramírez su afán por reunir materiales para que otros —supuestamente más duchos— los aprovecharan, y su solicitud de consejo sobre qué escritos convendría pedirle a William Prescott con miras a integrarlos a su *Colección de documentos para la historia de México*,¹ así como su esfuerzo conjunto del *Diccionario Universal de Historia y Geografía*, parecieran haber quedado atrás.

Por otra parte, el desciframiento de los glifos que José Fernando logró de diversos códices, como lo destacaron sus alumnos Francisco del Paso y Troncoso y Alfredo Chavero, no fue un logro menor; aún más, William Prescott, quien en algún momento se sintió agredido por los puntillosos “apuntamientos” que Ramírez hiciera a su *Historia de la Conquista de México*, finalmente acabó agradeciéndoselos y lo llamó “el hombre más sabio sobre el México antiguo”, lo cual, considerando la visión que el duranguense desarrolló en relación con los sacrificios humanos y la antropofagia, resultan más comprensivos y antropológicos que los de muchos de sus contemporáneos.

Con los años, García Icazbalceta llegó a resentir la actitud de los herederos de Ramírez —o más bien de los agentes a quienes acudieron—, pues no obstante el mandato de su padre para que su biblioteca volviera a México, finalmente acabó subastándose en Londres. En las cartas a su hijo sobre las haciendas se hace obvio que don Joaquín quedó muy traumatado con ese desenlace; lo que no supo García Icazbalceta es que una parte importante de su propio acervo bibliográfico ¡correría una suerte similar!

Un detalle que resulta poco claro en esta magnífica edición lo representa el fragmento de una carta de HARRISSE a García Icazbalceta del 23 de enero de 1866; en ella, el académico francoestadounidense reconoce una versión del historiador mexicano sobre el privilegio de Juan Pablos (Giovanni Paoli) para establecer la primera imprenta en la Nueva España, que había localizado José Fernando Ramírez. La duda al respecto surge, pues, como se asienta en la nota al pie correspondiente (458), eso lo aseveró García Icazbalceta en una carta posterior, del 12 de febrero. No queda claro si el bibliógrafo mexicano ya le había adelantado algo a HARRISSE en una comunicación previa, o cómo fue que éste supo con anticipación lo que le diría unos días después.

Ciertamente, una virtud de la edición que comentamos es la de ubicar con la precisión referida a los interlocutores de esta correspondencia en su dimensión humana; no como nos hubiera gustado que fueran, sino como fueron. Aquí se plasman los dramas y ansiedades de esos hombres en su quehacer cotidiano.

Todo lo anterior se complementa de manera excepcional con el libro titulado *Cartas de las haciendas* [azucareras de Morelos], que el polígrafo mexicano escribe a su hijo, Luis García Pimentel, mismas que, ilustran los considerables recursos con que contó el historiador para hacerse de tesoros bibliográficos y darse a las “calaveradas” de leer y escribir a pasto. Misivas que muestran los enormes retos que representaba la administración de esas propiedades agrícolas y, al mismo tiempo, ofrecen una dimensión más íntima de esa figura señera de la historiografía mexicana.

Tantos asuntos y temas nos desviaron del objetivo central de esta reseña: recomendar ampliamente la lectura de *Entre sabios. Epistolario de Joaquín García Icazbalceta y Henry HARRISSE*. Todo mundo, el aprendiz y el profesional, hallará en ella un manantial de conocimiento histórico y bibliográfico.

¹ Carta de Joaquín García Icazbalceta a José Fernando Ramírez, México, 22 de enero, 1850, en *Libros y exilio. Epistolario de José Fernando Ramírez con Joaquín García Icazbalceta y otros correspondientes, 1838-1870*, compilación y estudio introductorio de Emma Rivas Mata y Edgar O. Gutiérrez L., México, INAH, 2010 (Fuentes), pp. 132-136.